

## LA OSCURIDAD, LA SANGRE Y LOS CUERVOS

Caminé despacio, por los anchos y frescos pasillos. A pesar de las visibles modernidades, de las cuales disponía la casona, era de suponer que mantener una buena temperatura en aquel lugar resultaba complicado.

El no había esbozado ni una sonrisa a mi llegada. En silencio absoluto me condujo hasta el lugar de mi cita.

La bienvenida me la dio una verja de orfebrería, cubierta de enredaderas que descubría un extenso camino adornado con abundante vegetación, que a mediados de octubre había cubierto el camino de hojas.

El mayordomo se paró frente a una enorme puerta de madera labrada y la golpeó por tres veces.

-Adelante- se escuchó del otro lado.

-Espere aquí- me indicó mientras la abría cuidadosamente. Chirrió.

-Señor, la señorita Violeta ha llegado-anunció.

-Puede hacerla pasar- volvió a oírse al fondo.

-Ya ha oído, pase.

-Muy amable-dije algo nerviosa, no estoy familiarizada con los negocios de tanto nivel, pero él solicitó al despacho que acudiese, precisamente yo.

Empujé la puerta con ahínco, pesaba una barbaridad y el mayordomo había desaparecido. Al forzarla algo más ésta resonó. Me apuré.

-Acérquese, tranquila, las cosas viejas es lo que tiene, son hermosas pero están algo achacosas.

Entré en un salón amplio y con una elaboradísima decoración colonial, disponía de unos muebles de un rojizo espectacular, que las llamas de la chimenea resaltaban

maravillosamente. Dos amplios sofás a ambos lados de la chimenea invitaban a tomar asiento. Los ventanales estaban tapados por cortinones granates. Mi cliente se encontraba de espaldas, contemplando el fuego mientras fumaba un cigarrillo negro, pausadamente, con gusto. Esperaba un anciano calvo y quejumbroso pero la mano que colgaba tras el sofá era joven y una mata de pelo castaño con alguna cana borró mis conjeturas de un plumazo.

-Tome asiento, Daniela, el fuego es hipnotizador no le parece...

Me acerqué despacio. Sentí acelerarse mi respiración y acentuarse mi curiosidad. Me aproximé al sofá que quedaba libre a su derecha. Al hacerlo el calor de la lumbre me acarició la cara. No hacía frío en la estancia pero era agradable esa acogedora sensación de calidez. Hizo que me sintiera algo más cómoda. Tomé asiento y descubrí por fin al caballero tras ese sofá. Me quedé mirándole estupefacta al descubrir a un hombre en la treintena. De tez pálida, tristes ojos verdes, boca pequeña y pelo castaño pincelado con alguna cana rebelde.

-Disculpe es que yo pensé...

-Suele ocurrir, que yo era algo mayor, ¿no es cierto?

-La verdad es que sí, espero no haberle ofendido.

-Al contrario, descuide. Si le parece bien me presentaré de forma más informal, soy Adriano y estoy muy interesado en que se encargue de unos asuntos que me inquietan sobre mis propiedades. Su sonrisa emergió ladeada y seductora. No me parecía un hombre guapo, si muy atractivo e interesante, tal vez demasiado para iniciar negocios con él.

-Debo decir que me han aconsejado no acudir a esta reunión. Aún no se por qué razón lo he hecho. Lo cierto es que me insistieron contundentemente, quizás pueda explicarme la razón.

-Claro, hay muchos gabinetes detrás de esta operación de venta de viñedos pero yo sólo la quiero a usted.

Traté de centrarme, pero era como si al mirarme consiguiera que fuera sacando todo que había en mi interior, con posar sus melancólicos ojos verdes. ¿Qué no conseguiría con un poco más de esfuerzo? Por un momento la habitación comenzó a darme vueltas y comencé a sentirme inestable.

-Bueno, cuénteme ¿qué le da a usted más miedo? ¿Cuál es su mayor temor?

-¿Disculpe?- acerté entre los mareos.

- La oscuridad, la sangre, los cuervos...

Jamás he hablado de esto con nadie, simplemente lo he dado vueltas muchas veces en mi cabeza. Me asusté... Su mirada sensual parecía penetrar más en mi interior con cada dato. La media sonrisa que esbozaba me dio la señal para alejarme. Cogí mi bolso del suelo y salí a toda prisa de la estancia.

-Violeta, ¡detente por favor!

-Ya he escuchado más de lo que quería oír- dije mientras dirigía mis pasos hacia la puerta. ¿Me leía la mente? No deseaba averiguarlo tan sólo desaparecer.

De repente su aliento estaba en mi nuca y su brazo rodeaba mi cintura con firmeza. No le había escuchado levantarse, ni venir a mi encuentro y eso que la distancia hasta mi posición era considerable. Era mucho más alto de lo que parecía a primera vista sentado. Su robusta espalda y sus fuertes brazos me tenían presa.

-Aguarda, Violeta. No temas.

-Tenía razón quien me llamó. No debía haber venido. Ruego que me suelte y me deje marchar.

-Estas segura de que quieres irte o quedarte...

- Me marcho inmediatamente.

-Se que volverás. Te estaré esperando...

Deseo seguir sintiendo su aliento en mi cuello y su voz tan próxima pero estaba asustadísima. Sentía una extraña atracción, tal vez originada por el miedo que me recorría.

-Suélteme, se lo suplico- rogué algo desesperada.

Sentí como su brazo me liberaba y tiré de la puerta. Choqué contra alguien. Allí estaba delante de mí, impassible el mayordomo.

-Antonio acompañe a la señorita. Tiene prisa. Me encontrará en sueños. Se lo puedo asegurar.

-Espero que no sea así.- pronuncié casi perdiendo la compostura.

Me giré y me estremeció su imagen oscura, con la luz de la chimenea iluminando su silueta. Allí en la penumbra me observaba. Podía sentir como sus ojos taladraban mi alma y se introducían sigilosos hasta lo más recóndito de mis pensamientos. El fuego parecía avivarse tras él, con impetuosidad, realzando el aura de misterio que rodeaba a aquel individuo. Aceleré el paso tras su mayordomo. Monté en mi coche. Sólo pensaba en escapar de aquel lugar...

Se montó en su coche y permaneció en su interior. Cerró los ojos y se recostó en el asiento. Respiró profunda y lentamente. Comenzó a sentirse sutilmente mareada. Se encontraba como en una balsa y percibía un suave balanceo.

Inmersa en esos pensamientos sintió como su mente se transportaba hasta la casona. Recorría cada peldaño hasta el salón principal, el olor sutil de su tabaco y la sensualidad de su porte señorial. Esa inseguridad nerviosa en su presencia, esa imperiosa necesidad de volverle a ver, le atormentaba el alma.

-Violeta, volverás, se que lo harás. Se de tu necesidad de mí, quieres hacerlo, no lo niegues. Te estoy esperando.- La voz rezumaba en sus oídos, la atormentaba, pero

continuaba escuchando. Lamiendo las palabra iba invadiendo su interior, sintiéndose irrefrenablemente atraída por su recuerdo.

-Señorita, ¿esta usted bien?- la devolvió el mayordomo a la realidad.- No tiene buena cara.

-Si, muy amable.

Condujo sin la cabeza en el volante. Era como un autómeta. Con un objetivo pero sin pensamientos. Persistía su presencia, su calor, su aliento en su nuca...

Al llegar a casa decidió ducharse, para relajarse. Le encantaba el agua muy caliente, que produce considerable vapor, creando una atmósfera interesante. No pensaba entretenerse pero le apeteció encender unas velas y darse un homenaje. Apagó la luz de los focos y en esa delicada penumbra se deleitó del agua y el jabón recorriendo su cuerpo pero no era capaz de tranquilizarse. En su mente aparecían dos copas, enormes de vino tinto, sobre una mesa color caoba. La luz de una llama, procedente de una chimenea, al fondo, les daba un color tremendamente apetecible. Sentía el calor del agua o tal vez proviniera del fuego. En su mente pretendía atrapar una de esas copas y saciar su sed. Ese vino era lo único que podía remediar esa necesidad. Cuando casi podía rozar, con las yemas de sus dedos, el finísimo cristal de la copa, la mano de Adriano Maza estrechó la suya. Abrió los ojos asustada. Las velas se habían apagado. Se sentía mareada, todo le daba vueltas y las piernas le flojeaban, mas sentía como aquella mano acariciaba su hombro y descendía por su espalda delicadamente. El corazón comenzó a latirle a un ritmo frenético. El vapor del agua se había tornado espesísimo. Tenía que llegar hasta el interruptor que parecía estar a miles de kilómetros y huir rápidamente. Sintió pánico, percibía la presencia de alguien más en aquella oscuridad. Alguien la observaba desde el interior de la ducha y necesitaba alejarse lo

más rápido posible. Era incapaz, las piernas no le respondían, ni los brazos, ni la cabeza, todo giraba, giraba, y allí había algo y ella quería alejarse. Comprobó, por el sonido del agua en sus pies, que salía de la ducha y se dirigía hacia su posición pero ella estaba tirada en el suelo imposibilitada, absolutamente indefensa. ¿De dónde había salido? Dentro del cuarto de baño no había nadie cuando entró... Estaba cerca, terroríficamente cerca. Al fin logró llegar hasta la pared y con manos temblorosas buscó desesperada el maldito interruptor. Encendió los focos y se giró sobre sus talones. Allí no había nada, solo el agua prácticamente hirviendo golpeando sobre el plato de ducha. Se dejó caer hasta el suelo y permaneció unos instantes mirando perpleja hacia el interior de su ducha. Sin poder moverse, respirando de manera jadeante y sintiendo el corazón salirse por la boca, lloró desconsoladamente.

-Ha sido una bajada de tensión, sin comer desde hace más de ocho horas, con lo cansada que estoy meterme en una sauna y poner velitas no era una idea acertada. Con el vapor de agua probablemente se apagaron y me he dejado sugestionar por la situación.- Trató de explicarse a sí misma.

Se fue a la cama temprano, aun estaba atemorizada. Pronto cayó en un profundo y perturbador sueño:

Ataviada con un sedoso camisón gris, paseaba por los pasillos de la casona hasta el salón. Las puertas se abrieron sin siquiera tocarlas. Al fondo en el sofá estaba él, la esperaba. Violeta no pensaba, era una marioneta que cumplía sus deseos y Adriano manejaba los hilos a placer. La cogió por la nuca y se acercó con la boca peligrosamente a su cuello. Lo olfateó y la miró a los ojos penetrando en su corazón.

-¿Estas preparada para ser mía?- preguntó. Ella asintió.

Fue entonces cuando clavó sus dientes en el cuello de la hipnotizada Violeta y seccionó su yugular derecha. La sangre comenzó a brotar de forma generosa y ella se desplomó en sus brazos. Sonriente y manchado con su sangre la tomó en brazos y la recostó en el sofá. Su hermoso camisón se tornó negro. Ella impasible lo miraba con deseo mientras su tez se volvía de un color azulado. La besó en la boca y se acercó hasta una mesa color caoba. Cogió dos copas de finísimo cristal y las llenó con su sangre hasta rebosar y las volvió a colocar en su sitio mientras a ella la vida se le escapaba por el cuello.

Violeta despertó empapada en sudor. Sus manos se dirigieron inconscientemente al cuello y posteriormente las observó entre lágrimas. Lo había soñado. Súbitamente comenzó a sonar su teléfono móvil. Se trataba de un número desconocido. Descolgó acelerada por la pesadilla y por la extraña hora; las 6 de la madrugada.

-¿Quién es?-susurró.

-Me sueñas y no me reconoces, no, no, no, eso no está bien mi querida señorita...

No era capaz de emitir ningún sonio, el pánico la tenía bloqueada. Únicamente podía mantener el teléfono pegado a su oreja y respirar angustiosamente.

-Se que de algún modo te ha resultado excitante, pero te llamo para que sepas que este sólo es el principio de una espantosa relación, entre tu y yo. Primero fue la oscuridad en la que me introduje para seducirte, aunque tú fuiste muy reacia, pero me gusta más así.

Posteriormente un magnífico y sensual baño de sangre... lo próximo... déjame pensar unos instantes... ¡a sí! se me olvidaba. Atada en un carcomido árbol, sumergida en una espesa niebla, con ese delicado camisón con el que te deseo, empapado en tu sangre, quedarás a merced de las criaturas de la noche y como compañía tendrás una docena de cuervos... atrayente ¿no te parece?

-¡¡¡No!!!-gritó con todas sus fuerzas...

-¿Esta bien Violeta?- consultó un preocupado Señor Adriano, mientras el mayordomo le acercaba un vaso de agua.

Ella los apartó entre aspavientos.

-Creo que lo mejor será que llamemos a un taxi, para que la lleve a su casa.

-No entiendo nada. ¿Qué me ha pasado?- dijo confundida.

-Creo que entre lo nerviosa que estaba y el calor del salón se ha desmallado, pero no se apure.

-Dios Santo ruego me disculpe. Siento haberles agredido pero es que he tenido una pesadilla espantosa...

- Si le parece dejamos la conversación para otro momento, hoy no me parece lo más conveniente.

Se montó en el taxi avergonzada y le indicó la dirección de su domicilio al conductor. Al cabo de unos minutos rozó el hombro del taxista al percatarse que no reconocía nada del paisaje en dirección a la ciudad. Él comenzó a reír. Trató inútilmente de abrir la puerta. Estaba asustadísima y por lo visto era incapaz de despertar de esta pesadilla.

El vehículo se detuvo en medio de una densa niebla. Al fondo del paisaje podía adivinarse un árbol sobre el que descansaban una docena de cuervos.

-El señor la espera. Será mejor que no le impacienta. Tiene muy mal carácter...

-Ves, mi querida Violeta, tu pesadilla no podía terminar tan pronto porque de este modo a mí me divierte más ya que tú pensabas que había finalizado. Ingenua niña... Acompáñame. Nuestra vida en común acaba de comenzar. Va a ser muy dura y larga para ti...- ríó de forma terrorífica.

